

LOS TEMPLOS Y LA PEDAGOGIA RELIGIOSA

P. ALFONSO LOPEZ QUINTAS.

Uno de los problemas más graves que tiene planteados la Sociología religiosa actual es, sin duda, el de la estructura de los templos enclavados en las grandes aglomeraciones urbanas. Cuando se tropieza con casos límite de insuficiencia—para decirlo de momento con toda la suavidad posible—, como sucede en la ampliación del barrio de la Concepción en Madrid, se hace extremadamente aguda esta problemática y se advierte la necesidad de ganar criterios sólidos que permitan aunar los esfuerzos. Nada más deletéreo que, en una época tan fuertemente gravada por la falta de templos adecuados a las necesidades actuales, se disuelva en críticas más o menos desafortunadas la energía que reclama la tarea común.

Dado que muchos problemas de Arquitectura y de Sociología religiosa sólo pueden ser resueltos a la luz de reflexiones hondamente filosóficas, me parece conveniente dedicar alguna atención a varios puntos que juzgo en extremo sensibles y, por tanto, propicios a malentendidos.

Hoy se tiende a exigir, por lo común, que los templos sean de dimensiones más bien reducidas, de ornato severo—lindante en la austeridad y pobreza—, parques en imágenes, bien orientados hacia el altar del sacrificio, etc. Estas exigencias, fundadas a menudo en razones más presentidas que debidamente explicitadas, se están transmitiendo de boca en boca, de libro en libro, y todo parece hacernos sospechar que pronto van a convertirse en algo incontrovertible. Pero la gravedad de tales asertos y, sobre todo, la de las consecuencias que entrañan, no permite a los espíritus conscientes entregarse al arriesgado reposo en el seno de ideas aceptadas sin profunda meditación.

Las notas que siguen no quieren ser sino advertir que el tema merece reposado tratamiento y sembrar un tanto de sana y constructiva inquietud en quienes están proclives a dejarse mecer sencillamente por las ideas que flotan en el ambiente y que proliferan a merced de ciertos gustos de época que, aunque estuviesen justificados estéticamente, sería difícil mostrar su fecundidad estrictamente religiosa.

La Arquitectura religiosa actual ha realizado, y sigue realizando, una violenta labor de poda en el ornato interior del templo. Suelen aducirse ciertas razones para ello, pero pienso que es hora de preguntarse si son éstas lo suficientemente robustas para justificar tan grave medida. No sea que en definitiva se las dé por buenas porque en el fondo ayudan no poco a los arquitectos a eludir problemas para ellos casi insolubles dentro de la marcha de la Estética actual.

Pobreza.—Se afirma que el arte sacro debe ser pobre porque el Cristianismo adora a un Crucificado, y se aducen testimonios de artistas como el siguiente de G. Roualt: "La pintura es para mí un medio de olvidar la vida, un grito en la noche, un sollozo contenido,

una sonrisa sofocada. Soy el amigo silencioso de quienes sufren en el campo yermo (...). Como cristiano, creo en Jesús crucificado" (Cit. por F. Pérez Gutiérrez, *La indignidad en el arte sagrado*, Guadarrama, Madrid, 1961, pág. 178). Conviene, sin embargo, no olvidar a este respecto que Jesús de Nazaret, ajusticiado por los judíos el viernes, resucitó el domingo de entre los muertos, y hoy está sentado con su cuerpo glorioso a la diestra del Padre. La Iglesia fundada por este Cristo glorioso vive en una época de Resurrección, y los cristianos deben ver en la promesa de la Resurrección el fundamento imperecedero de la esperanza en medio de las desventuras mundanas. Subrayar, pues, intencionadamente el clima agónico de una muerte en desamparo, con el Cristo de gran tamaño levantado en alto entre cielo y tierra, puede contribuir a hacer de los templos cristianos más un hogar de la muerte que un ámbito de gloria, y a convertir la decimocuarta estación en morada eterna, represando violentamente la esencial tensión del cristiano hacia la última fase del *viacrucis integral*, el que podríamos llamar *viasalutis*, camino de salvación, es decir, de triunfo sobre la muerte y sobre los que quisieran consagrar la muerte como fin de la vida. El cristiano es un hombre de resurrección que vive a impulsos de la energía del Resucitado y se sostiene en la penosa marcha de la vida con la esperanza de la transfiguración definitiva. Por eso los llamados cristos realistas son menos objetivos que los cristos que llevan en su faz serena la vertiente del triunfo. Porque, tal como hoy se nos da verlo tras la luz de Pentecostés, el Hombre-Dios que pende del madero no es un fracasado que expía una culpa, sino el cordero que vence, paradójicamente, a la muerte mediante las armas de su misma oblación. El templo debe ser para el cristiano un ámbito de transfiguración a la luz del Kyrios glorioso.

Generosidad.—Se afirma que lo que une a los hombres es la pobreza y lo que los desune es la riqueza, compartida por muy pocos.

A mi entender, más que la pobreza en sí, lo que une es la generosidad, la entrega al padre común. Tengo la sospecha de que hoy se subraya en exceso el papel de los hombres en el templo, olvidando que éste es, como solía decirse en otros tiempos, la casa de Dios—con un genitivo de posesión—, la casa propia del Señor, no sólo el edificio en que se reúnen los hombres para tratar de Dios y con Dios. Cuando se edifica un templo se lo consagra y ofrece al Señor, como se inmolaba en el Antiguo Testamento la mejor res del rebaño, que pasaba a pertenecer al Creador de todas las cosas. Ciertamente que en los actos más sacrosantos puede hacer sentir su influjo la pasión humana de la vanagloria. Pero el sentido profundo de toda edificación sacra es la de ofrendar al Señor un hogar en propiedad, al que acudirán los creyentes en actitud de reverencia como corresponde a huéspedes



Dibujos de "Bibel im Jahr 66" G. Marks.



que son benévolamente admitidos a compartir el pan de la intimidad familiar.

En ciertas épocas, las torres de las iglesias sobrepasaban la altura de los edificios civiles y daban al paisaje urbano un claro sentido ascendente de innegable fuerza simbólica. A medida que los municipios cobraron poder, sus edificios representativos se alzaron con la primacía. Y en la era de la democracia moderna son las viviendas privadas y los departamentos comerciales los que dominan el horizonte. Sin necesidad de recaer en vanas nostalgias por un pasado definitivamente periclitado y de perderse en nebulosidades pseudorrománticas, es, sin duda, legítimo ver aquí un patente indicio de un cambio espiritual de actitud. Puede, naturalmente, argüirse que, al correr de los tiempos modernos, la religiosidad se ha ido replegando a la interioridad a medida que los hombres ganaron una idea más críticamente exacta de la esencia de la religión. Sin embargo, nada nos autoriza a valorar sin más este repliegue como un progreso. Sin poder entrar aquí en el tema, sólo quisiera hacer constar que el prescindir en religión de cuanto significa sentimiento espontáneo, sentido de lo simbólico, expresión sensible-espiritual de ideas y sentimientos mal llamados "internos", etc., es una concesión a la moda racionalista que no puede llevar, como todo despojo injustificado de las posibilidades humanas, sino al depauperamiento espiritual y, en definitiva, al caos.

A este propósito conviene destacar una idea del mayor interés. Desde antiguo se consideró que todo honor tributado al representante de un pueblo es, en rigor, a éste a quien se tributa. En la actualidad, estos honores y distinciones no parecen provocar sino resentimiento. Si quisiéramos averiguar las causas de este desazonante fenómeno, tal vez habría que buscarlas en el cambio de actitud antes aludido, que—además de todas las justificaciones de tipo histórico y político que pueda tener—responde en el fondo a un predominio del individuo sobre la persona, a un mayor afán por salvaguardar los intereses privados que por enaltecer los va-

lores representativos de la comunidad. Esta visión individualista de la vida se proyecta sobre la persona que representa a la comunidad y se malinterpretan los honores de que es objeto como un injustificado culto personal (en el sentido peyorativo de *individual*). En todo empeño nivelador hay un movimiento de rebelión contra el orden natural de las cosas, que es esencialmente *jerárquico*, y entre los hombres—seres encarnados en la materia—, la elevación jerárquica ha tenido siempre una representación visible: en la habitación, el vestido, el tratamiento, etc. De ahí que épocas más sensibles para lo religioso que la nuestra vieran la magnitud de los templos como representación viva del Dios todopoderoso, no como dosel para destacar la figura humana de los creyentes que en él se congregan.

Monumentalidad.—Con esto se anuda el problema relativo a la mala prensa de que goza hoy día la *monumentalidad*. Lo mismo que se celebra como un logro definitivo que se haya cortado el cuello a la retórica sin discernir si esto significa un avance o un retroceso en el arte del buen decir, se impugna lo llamado monumental como una excrescencia sensible, una floración cancerosa de lo espectacular. Pero una teoría de la expresión lo imprescindiblemente lúcida nos advierte que lo sensorial sólo puede ser excesivo cuando hay desproporción entre el fondo y la forma, lo sensible y lo metasensible que en él se expresa y encarna. Y en la actualidad todo nos hace presentir que se teme lo monumental por falta de espíritu para llenarlo y de una concepción lo suficientemente sólida y robusta de *sentimiento*, muy a menudo ahogado por un falso intelectualismo alicorto.

Por no disponer de criterios metodológicos clarividentes, suelen estudiarse estos problemas con categorías fisicistas, de tal modo que, al considerar—por ejemplo—la necesidad de fundar una atmósfera de comunidad y convivencia, se piensa—por una especie de irracional automatismo—en ámbitos físicamente muy reducidos. Parece olvidarse que lo que verdaderamente une a seres *espirituales* es la atención común a algo muy valioso que envuelve y

satura internamente a cada uno de sentido. Atención es tensión personal hacia aquello que interesa porque plenifica. En el plano religioso es tensión hacia algo que funda comunidad por ser fuente de vida personal al serlo de lenguaje y de amor. Hay, pues, clima de comunidad cuando lo hay de atención. Pero ésta no viene condicionada totalmente por las dimensiones de un local. De nuevo vuelve a estar operante el concepto vulgar de *masa* como número elevado de individuos, malentendido contra el que urge reaccionar diciendo que la masa puede estar asimismo constituida por un número muy reducido de individuos cuando éstos se hallan



faltos de la debida energía configuradora. Masa es algo amorfo que se opone diametralmente a estructura, y ésta es una instancia interna *cualitativa*, no mensurable en términos y con criterios *cuantitativos*.

Vida comunitaria.—Pocas impresiones de vida comunitaria tengo tan fuertes como una misa oída en la catedral de Colonia. Era el día de la Asunción de Nuestra Señora, fiesta patronal de esta iglesia, y a la misa solemne asistía un público numerosísimo y heterogéneo, que iba del boy-scout al anciano, del campesino con su traje típico al turista con aire de vagabundo. El pueblo oyó devotamente la misa—cantada a voces por el coro—y la palabra del prelado. Al final, el órgano entonó majestuosamente el "Wunderschön prächtige", himno a María que une la recia estructura del coral germano y la flexibilidad melódica del madrigal latino. Como una sola alma, con una sola voz robusta, intensa, sobrecogedramente dinámica—el alemán canta siempre con buen ritmo—, miles de personas dieron al esbelto y grandioso templo un acordado contrapunto sonoro. ¿Quién podría pensar en este momento de transfiguración que lo monumental banaliza? La multitud de fieles salió del amplio templo en silencio, y uno, frente al Rin—ancho y bravo como un mar—, pensaba en el poder que tiene el espíritu de aunar a través de un ideal a multitudes ingentes y heterogéneas, y en la capacidad temible de nivelación y, por tanto, de escisión que posee

la carencia de ideales fuertes. Masa, podríamos decir, es un cierto número—mayor o menor, no importa—de personas a quienes la falta de tensión hacia ideales plenificantes recluye en sí mismas, convirtiéndolas en meros individuos.

A quien propenda a impugnar la amplitud en los templos le invito a pensar por qué las iglesias catedrales de ciertos países dan una impresión leve, acogedora, dinámicamente flexible, y las de otros abruman el espíritu con una sensación ineludible de desoladora y pétrea rigidez. El problema de la monumentalidad de los templos es más dinámico que estático, más espiritual que sen-



sible, porque el templo, en definitiva, es el lugar de un diálogo: fenómeno dinámico, poderoso, capaz de dar vida y estructura—y, por tanto, flexibilidad y levedad—a las más ingentes construcciones materiales cuando verdaderamente alienta en él la fuerza del espíritu.

Esto nos indica que lo decisivo no son las dimensiones, sino la posibilidad de instaurar *relaciones de presencia*. Se habla mucho actualmente de que el templo debe permitirnos acceder al "misterio", pero se utiliza este término en un sentido muy poco preciso, como si se tratase de la mera función de desbordar lo sensible, al modo de Jaspers, que se queda a medio camino entre lo objetivo-sensible y lo trascendente, hacia el que está en perpetuo tránsito. El misterio para el cristiano es el misterio de Cristo, en que se revela al Padre y nos tiende la mano de la amistad. ¿Es lo sensible, acaso, una valla que se opone a esta revelación? Difícilmente podrá sostener esta arriesgada idea quien conozca de cerca la "historia sagrada" y la pedagogía divina de la salvación.

Nota final.—Por razones de espacio—impuestas por el ritmo de este número monográfico—no es posible desarrollar aquí otras ideas ineludiblemente ligadas con este tema. El autor promete, sin embargo, hacerlo cumplidamente en uno de los próximos números de esta misma revista.